

The Disposable Rocket, de John Updike

Daniel Casado-Gallegos

Escritor que cultivó distintas expresiones literarias: novela, relato, poesía y crítica, John Hoyer Updike (1932-2009) también dedicó parte de su obra a una expresión ensayística que la crítica estadounidense denomina *personal essay*; una forma literaria heredera de los ensayos de Michel de Montaigne, en especial del *Libro III*, que no sólo cuestiona la relación del individuo con su contexto y da mayor peso a lo vivencial, sino que, a partir de la década de los setenta, introdujo la subjetividad de la voz ensayística y paseó por el umbral de la ficción la propia experiencia. En un periodo marcado por la fragmentación de las grandes narrativas, en el cual la gente había aprendido a desconfiar de las afirmaciones de la erudición y la ciencia, ensayistas como Gore Vidal, Joan Didion, Phillip Lopate, Adrienne Rich, Richard Rodriguez, Annie Dillard y el mismo Updike, vieron en el ensayo personal un modo de ser que respondía a su condición existencial: un medio de crítica ante el colapso del pensamiento dogmático del siglo XX y una forma de abrir el discurso filosófico desde la tentativa y la potencialidad del pensamiento disperso.

“The Disposable Rocket” es un ensayo personal publicado por primera vez en la revista *Michigan Quarterly Review* en el año de 1993. La ironía se articula con un lenguaje que imagina el cuerpo humano como un dispositivo, expresiones a momentos enigmáticas y una adjetivación profusa y oraciones tan cuidadosamente escritas que, aun cuando no deja cabos sueltos ni tiene irregularidades, dan vida a un ensayo que exhala naturalidad. Por medio de este ejercicio ensayístico Updike reflexiona sin pudor sobre el cuerpo del hombre como un instrumento de reproducción, cuyo declive no proviene de un simple acto imprudente, sino de toda una vida de descuido e indiferencia. “El cohete desechable” tiene el poder de una nostalgia personal que evade todo recurso de sensiblería y desplaza la contemplación de lo íntimo al escrutinio de lo público y de vuelta a la experiencia de lo privado. Fiel a la deriva del pensamiento, el ensayista vincula las fuerzas culturales y sociales que dan significado al cuerpo del hombre y, con una voz necesariamente reflexiva, ironiza el estereotipo cultural y social —quizá más universal que sólo estadounidense— que se empeña en explicar el cuerpo del hombre a partir de la supresión del espacio interior y de la vulnerabilidad.

THE DISPOSABLE ROCKET

Inhabiting a male body is much like having a bank account; as long as it's healthy, you don't think much about it. Compared to the female body, it is a low-maintenance proposition: a shower now and then, trim the fingernails every ten days, a haircut once a month. Oh yes, shaving —scraping or buzzing away at your face every morning. Byron, in *Don Juan*, thought the repeated nuisance of shaving balanced out the periodic agony, for females, of childbirth. Women are, his lines tell us,

Condemn'd to child-bed, as men for their sins
Have shaving too entail'd upon their chins, -

A daily plague, which in the aggregate
May average on the whole with parturition.

From the standpoint of reproduction, the male body is a delivery system, as the female is a mazy device for retention. Once the delivery is made, men feel a faint but distinct falling-off of interest. Yet against the enduring female heroics of birth and nurture should be set the male's superhuman frenzy to deliver his goods: he vaults walls, skips sleep, risks wallet, health, and his political future all to ram home his seed into the gut of the chosen woman. The sense of the chase lives in him as the key to life. His body is, like a delivery rocket that falls away in space, a disposable means. Men put their bodies at risk to experience the release from gravity.

When my tenancy of a male body was fairly new —of six or so years' duration— I used to jump and fall just for the joy of it. Falling —backwards, downstairs— become a specialty of mine, an attention-getting stunt I was practicing into my thirties, at suburban parties. Falling is, after all, a kind of flying, though of briefer duration than would be ideal. My impulse to hurl myself from high windows and the edges of cliffs belongs to my body, not my mind, which resists the siren call of the chasm with all its might; the interior struggle knocks the wind from my lungs and tightens my scrotum and gives any trip to Europe, with its Alps, castle parapets, and gargoyled cathedral lookouts, a flavor of nightmare. Falling, strangely, no longer figures in my dreams, as it often did when I was a boy and my subconscious was more honest with me. An airplane, that necessary evil, turns the earth into a map so quickly the brain turns aloof and calm; still, I marvel that there is no end of young men willing to become jet pilots.

Any accounting of male-female differences must include the male's superior recklessness, a drive not, I think, toward death, as the darker feminist cosmogonies would have it, but to test the limits, to see what the traffic will bear— a kind of mechanic's curiosity. The number of men who do lasting damage to their young bodies is striking; war and car accidents aside, secondary-school sports, with the approval of parents and the encouragement of brutish coaches, take a fearful toll of skulls and knees. We were made for combat, back in the post-simian, East-African days, and the bumping, the whacking, the breathlessness, the pain-smothering adrenalin rush form a cumbersome and unfashionable bliss, but bliss nevertheless. Take your body to the edge, and see if it flies.

Habitar el cuerpo de un hombre es como tener una cuenta bancaria: mientras esté en buen estado, se le presta poca atención. Comparado con el cuerpo de una mujer, es una cuestión de poco mantenimiento: un baño de vez en cuando, cortarse las uñas cada diez días, un corte de cabello una vez al mes. Ah, claro, afeitarse: raspar o zumbiar la cara cada mañana. Byron, en *Don Juan*, suponía que la reiterada molestia de afeitarse compensaba el sufrimiento periódico, para las mujeres, del parto. Las mujeres están, según sus versos,

condenadas a alumbrar, como los hombres
por sus pecados su barbilla a rasurar;

una plaga cotidiana, que en conjunto
al parto logra igualar en su totalidad.

Desde el punto de vista de la reproducción, el cuerpo del hombre es un sistema de entrega, mientras que el de la mujer es un dispositivo laberíntico de retención. Una vez realizada la entrega, los hombres sienten una ligera pero clara pérdida de interés. Con todo, frente a las perdurables proezas del nacimiento y la crianza debe situarse el frenesí sobrehumano del hombre por entregar sus productos: supera obstáculos, deja de dormir, arriesga su bolsillo, su salud y su futuro político, todo para embutir su semilla en las entrañas de la mujer elegida. El sentimiento de persecución vive en él como la clave para la vida. Su cuerpo es, como un cohete de entrega que se precipita en el espacio, un recurso desechable. Los hombres ponen en riesgo su cuerpo para experimentar la liberación de gravedad.

Cuando recién había alquilado un cuerpo masculino (de unos seis años de antigüedad), solía saltar y caer por el mero placer de hacerlo. Caer, de espaldas, por las escaleras, se convirtió en una de mis especialidades, una artimaña para llamar la atención que a mis treinta practicaba en las fiestas de los suburbios. Caer, después de todo, es una suerte de vuelo, aunque de menor duración que la ideal. El impulso de lanzarme desde los ventanales y los bordes de los acantilados pertenece a mi cuerpo, no a mi mente, que con todas sus fuerzas se resiste al canto de las sirenas del abismo; la lucha interior me saca el aire de los pulmones y me aprieta el escroto, y da a cualquier viaje a Europa, con sus Alpes, parapetos de castillos y miradores de catedrales con gárgolas, un aire de pesadilla. Caer, extrañamente, ya no es parte de mis sueños, como solía suceder cuando era niño y mi subconsciente era más honesto conmigo. Un avión, ese mal necesario, convierte la tierra en un mapa con tal rapidez que el cerebro se torna indiferente y tranquilo; aun así, me asombra que nunca falten jóvenes dispuestos a convertirse en pilotos aéreos.

Cualquier explicación de las diferencias entre hombres y mujeres debe incluir la arrogante imprudencia del hombre, un impulso que, en mi opinión, no conduce a la muerte, como las cosmogonías feministas más oscuras quisieran, sino a probar los límites, a descubrir lo que el cuerpo puede aguantar, una suerte de curiosidad mecánica. El número de hombres que dañan de forma permanente sus cuerpos jóvenes es notable; al margen de la guerra y los accidentes de

The male sense of space must differ from that of female, who has such interesting, active, and significant inner space. The space that interests men is outer. The fly ball high against the sky, the long pass spiraling overhead, the jet fighter like a scarcely visible pinpoint nozzle laying down its vapor trail at forty thousand feet, the gazelle haunch flickering just beyond arrow-reach, the uncountable stars sprinkled on their great black wheel, the horizon, the mountaintop, the quasar —these bring portents with them, and awaken a sense of relation with the invisible, with the empty. The ideal male body is taut with lines of potential force, a diagram extending outward; the ideal female body curves around centers of repose. Of course, no one is ideal, and the sexes are somewhat androgynous subdivisions of a species: Diana the huntress is a more trendy body-type nowadays than languid, overweight Venus, and polymorphous Dionysus poses for more underwear ads than Mars. Relatively, though, men's bodies, however elegant, are designed for covering territory, for moving on.

An erection, too, defies gravity, flirts with it precariously. extends the diagram of outward direction into downright detachability —objective in the case of the sperm, subjective in the case of the testicles and penis. Men's bodies, at this juncture, feel only partly theirs; a demon of sorts has been attached to their lower torsos, whose performance is erratic and whose errands seem, at times, ridiculous. It is like having a (much) smaller brother toward whom you feel both fond and impatient; if he is you, it is you in curiously simplified and ignoble form. This sense, of the male body being two of them, is acknowledged in verbal love play and erotic writing, where the penis is playfully given its own name, an individuation not even the rarest rapture grants a vagina. Here, where maleness gathers to a quintessence of itself, there can be no insincerity, there can be no hiding; for sheer nakedness, there is nothing like a hopeful phallus; its aggressive shape is indivisible from its tender-skinned vulnerability. The act of intercourse, from the point of view of a consenting female, has an element of mothering, of enwrapment, of merciful concealment, even. The male body, for this interval, is tucked out of harm's way.

To inhabit a male body, then, is to feel somewhat detached from it. It is not an enemy, but not entirely a friend. Our essence seems to lie not in cells and muscles but in the traces our thoughts and actions inscribe on the air. The male body skims the surface of nature's deep, wherein the blood and pain and mysterious cravings of women perpetuate the species. Participating less in nature's processes than the female body, the male body gives the impression —false— of being exempt from time. Its powers of strength and reach descend in early adolescence, along with acne and sweaty feet, and depart, in imperceptible increments, after thirty or so. It surprises me to discover, when I remove my shoes and socks, the same paper-white hairless ankles that struck me as pathetic when I observed them on my father. I felt betrayed when, in some tumble of touch football twenty years ago, I heard my tibia snap; and when, between two reading engagements in Cleveland, my appendix tried to burst; and when, the other day, not for the first time, there arose to my nostrils out my own body the musty attic smell my grandfather's body had.

A man's body does not betray its tenant as rapidly as a woman's. Never as fine and lovely, it has less distance to fall; what rugged beauty it has is wrinkle-proof. It keeps its capability of procreation indecently long. Unless intense athletic demands are made on it, the thing serves well enough to sixty, which is my age now. From here on, it's chancy. There are no breasts or ovaries to admit cancer to the male body, but the prostate, that awkwardly located little source

tránsito, los deportes escolares, con la aprobación de los padres y el estímulo de entrenadores brutos, cobran una terrible cuota de cráneos y rodillas. Nos crearon para el combate desde los tiempos postsimioscos del África oriental, y los golpes, las palizas, la falta de aire, la descarga de adrenalina que sofoca el dolor dan forma a una dicha incómoda y anticuada, pero dicha al fin y al cabo. Lleva tu cuerpo al límite, a ver si vuela.

El sentido del espacio que tiene el hombre debe ser distinto del de la mujer, cuyo espacio interior es muy interesante, dinámico y significativo. El espacio que le interesa al hombre es el exterior. La pelota en lo alto del cielo, el pase largo que sobrevuela en espiral, el jet de combate como un inyector apenas visible que deja su estela de vapor a cuarenta mil pies, la pata de la gacela que parpadea más allá del alcance de la flecha, las incontables estrellas que salpican la gran rueda negra, el horizonte, la cima de la montaña, el cuásar... todos traen consigo presagios y despiertan un sentido de relación con lo invisible, con lo vacío. El cuerpo ideal del hombre se tensa con líneas de fuerza potencial, un diagrama que se extiende hacia el exterior; el cuerpo ideal de la mujer se curva en torno a centros de reposo. Por supuesto, nadie es ideal, y los sexos son subdivisiones algo andróginas de una especie: Diana, la cazadora, es un cuerpo más en boga hoy en día que la flácida Venus con sobrepeso, y el polimorfo Dionisio posa en más anuncios de ropa interior que Marte. Aunque, relativamente, los cuerpos de los hombres, por elegantes que sean, están diseñados para cubrir territorio, para seguir adelante.

Una erección también desafía la gravedad, coquetea con ella de forma insegura. Extiende el diagrama de la dirección externa en absoluta separabilidad; objetiva en el caso de los espermatozoides, subjetiva en el caso de los testículos y el pene. Alcanzado este punto, los cuerpos de los hombres se sienten parcialmente suyos; una especie de demonio se ha unido a sus torsos inferiores, cuyo desempeño es errático y cuyos encargos parecen, en ocasiones, ridículos. Es como tener un hermano (mucho) menor por el que sientes tanto cariño como impaciencia; si él es tú, lo es bajo una forma curiosamente simplificada e innoble. Esta sensación, la del cuerpo del hombre como dos cuerpos, se reconoce en los juegos verbales amorosos y en la escritura erótica, donde el pene recibe en broma y con cariño un apodo, y la individualización ni el más raro arrebató concede a una vagina. Aquí, donde la masculinidad reúne la quintaesencia de sí misma, no puede haber insinceridad, no puede ocultarse: no hay nada como un falo esperanzado para la más absoluta desnudez; su forma agresiva, es inseparable de su vulnerabilidad de piel tierna. El coito, desde la perspectiva de una mujer que lo consiente, tiene algo de cuidado maternal, de envoltura, incluso de ocultamiento misericordioso. Durante este intervalo, el cuerpo masculino se encuentra fuera de peligro.

Habitar el cuerpo de un hombre es, por tanto, sentirse en cierto modo ajeno a él. No es un enemigo, pero tampoco un amigo. Nuestra esencia no parece residir en las células y los músculos, sino en las huellas que nuestros pensamientos y acciones inscriben en el aire. El cuerpo del hombre sobrevuela la superficie de los abismos de la naturaleza, donde la sangre, el dolor y los misteriosos anhelos de la mujer perpetúan la especie. Al participar menos que el cuerpo de la mujer en los procesos de la naturaleza, el cuerpo del hombre da la impresión —falsa— de estar exento del tiempo. Su capacidad de fuerza y alcance disminuyen en la adolescencia temprana junto con el acné y los pies sudorosos, y se marchan, en incrementos imperceptibles, después de los treinta y tantos. Al quitarme los zapatos y los calcetines, me sorprende descubrir los mismos ángulos sin vello, blancos como el papel, que me parecían patéticos cuando los observaba en

of seminal fluid, shows the strain of sexual function with fits of hysterical cell replication, and all that beer and potato chips add up in the coronary arteries. A writer, whose physical equipment can be minimal, as long as it gets him to the desk, the lectern, and New York City once in a while, cannot but be grateful to his body, especially to his eyes, those tender and intricate sites where the brain extrudes from the skull, and to his hands, which hold the pen or tap the keyboard. His body has been, not himself exactly, but a close pal, pot-bellied and balding like most of his other pals now. A man and his body are like a boy and the buddy who has a driver's license and the use of his father's car for the evening; he goes along, gratefully, for the ride.



Taumaturgia del arché (2020). Técnica mixta: Ulises Gutiérrez-Bonilla
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

mi padre. Me sentí traicionado cuando, en algún tropiezo jugando fútbol americano hace veinte años, escuché el chasquido de mi tibia; y cuando entre dos sesiones de lectura en Cleveland mi apéndice quiso reventar; y cuando el otro día, no por primera vez, llegó a mis fosas nasales desde mi propio cuerpo el olor a desván mohoso que tenía el cuerpo de mi abuelo.

El cuerpo de un hombre no traiciona a su inquilino tan rápido como el de una mujer. Nunca tan fino y hermoso, tiene una caída menor; su tosca belleza es a prueba de arrugas. Conserva su capacidad de procreación durante un tiempo indeciblemente largo. A no ser que tenga que someterse a intensas exigencias atléticas, la cosa sirve bastante bien hasta los sesenta, mi edad actual. A partir de aquí, es incierto. No hay pechos ni ovarios que admitan cáncer en el cuerpo del hombre, pero la próstata, esa fuentecita de líquido seminal ubicada con torpeza, muestra el esfuerzo de la función sexual con ataques de histérica replicación celular, y toda esa cerveza y papas fritas se acumulan en las arterias coronarias. Un escritor, cuyo equipamiento físico puede ser mínimo siempre que lo lleve al escritorio, al atril y a la ciudad de Nueva York cada tanto, no debe sino agradecer a su cuerpo; sobre todo a sus ojos, esos tiernos e intrincados lugares donde el cerebro se expulsa del cráneo, y a sus manos, que sostienen la pluma o golpetean el teclado. Su cuerpo ha sido, no él mismo precisamente, sino un amigo cercano, barrigón y calvo como la mayoría de sus otros amigos en la actualidad. Un hombre y su cuerpo son como un niño y el amiguito con licencia de conducir que, al atardecer, puede usar el auto de su padre: lo acompaña, agradecido, a dar una vuelta.

REFERENCIAS

- Lopate, Phillip (1995), "Introduction", *The Art of the Personal Essay. An Anthology from the Classical Era to the Present*, Anchor Books, pp. xxiii-liv.
- Updike, John (1993), "The Disposable Rocket", *Michigan Quarterly Review*, vol. 32, núm. 4, pp. 517-520, disponible en: <http://hdl.handle.net/2027/spo.act2080.0032.004:03>